

de la varita sobre los cabellos, la remisión de sus pecados veniales. Obraba de buena fe, sin embargo, considerando al Santo Padre, como la nobleza de la Ciudad Eterna ha hecho siempre, con una ironía que no excluía la veneración. Mas para Fanny, que la víspera había recibido la comunión del Papa mismo, el contraste entre su sagrada emoción y el chancero tono de Ardea, era demasiado fuerte. Todos los que han tenido la fortuna de ver á León XIII celebrar una de sus misas privadas, saben que la transfiguración del Pontífice por el fervor del sacrificio, es un espectáculo de magnificencia más asombrosa que las pompas de la Sixtina. Aquella voz profunda, que no deja caer una sílaba de las oraciones sin sostenerla, hin hacerla penetrar en el alma; aquel cuerpo consumido, en el que no queda más que la materia suficiente para el fuego del pensamiento; aquel ademán tan sencillo y tan grande de la bendición que por encima de algunos devotos arrodillados en la estrecha capilla descende sobre toda la cristiandad; los ojos del sucesor de San Pedro, tan llenos de claridad y que muestran como un reflejo del cielo, toda esta poesía, queda inolvidable hasta para el testigo de creencias débiles, si ha conservado el poder de estremecerse al contacto de las grandes cosas del alma.

Pero para una joven de la edad de Fanny, bautizada la víspera, creyente verdadera, y que comulgaba por primera vez, ¡qué momento aquel en que el viejo Pontífice había pronunciado las admirables palabras "Corpus domini nostri," mientras su venerable y pálida mano, casi diáfana, le acercaba la hostia.

Preciso era que Ardea fuese completamente extra-

ño á toda inteligencia de la vida moral, para que no comprendiese que dejar caer la menor broma sobre emoción semejante, era cometer una falta irreparable. ¡Y pensar que él se había creído hábil, defendiéndose contra lo que calificaba de pueril y casi de comedia!

Como la mayor parte de las revoluciones de este orden, el trabajo del cristianismo realizado desde hacía años en Fanny, había tenido por principio un ejemplo. El verdadero instrumento de propaganda no es ni la doctrina ni el razonamiento, sino el contacto de un alma con otra.. La fe no se enseña ni se impone; se comunica por una especie de contagio que muestra bien claramente su ciencia misteriosa y humanamente indefinible.

Fanny, muy joven—tenía entonces diecisiete años—huérfana de madre y muy abandonada, aunque rodeada de cuidados materiales por su padre, se había unido con firme amistad con la señorita de Sallach, hija de uno de los más grandes señores de Stiria, tísica, y que había ido á Roma, para morir en esta ciudad.

El Barón había favorecido estas relaciones por vanidad, sin comprender á qué influencia sometía á su hija. Matilde de Sallach era, en efecto, una de esas criaturas casi sobrenaturales por la delicadeza de su devoción, y tan ferviente, que bien pronto adquirió sobre una amiga de convicciones vagas, un imperio de ideas casi absoluto. El rostro de Fanny no mentía. Había tomado de la herencia, un poco confusa, que hacía de ella y de su padre seres tan complejos, solamente el elemento israelita.

Lo que distingue al alma judía más que todos los

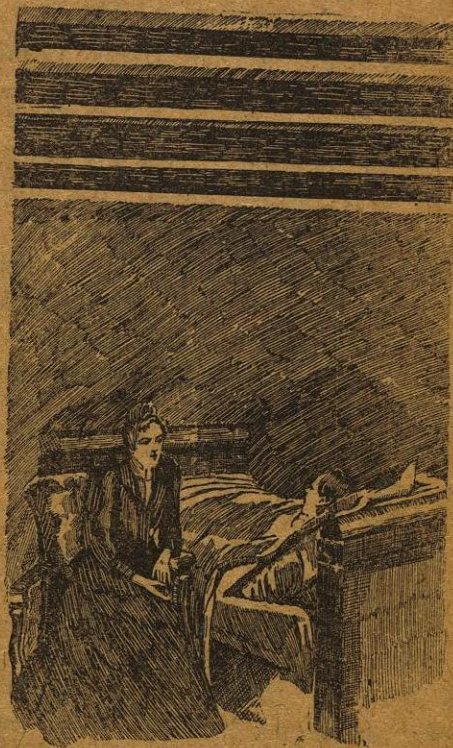
otros caracteres censurados ó alabados por los enemigos ó los adeptos de esa invencible raza, es una fuerza singular para lo que quiere, y una violencia en el deseo que jamás retrocede.

Aplicadas á la vida de los negocios estas energías, crean las fortunas que se sabe. Aplicadas á los triunfos sociales, ejecutan esas asombrosas hazañas por las que un Hafner llega, diez años después de un proceso escandaloso, á casar á su hija con un individuo de la primera nobleza de Europa, sin que esta alianza levante gran polvareda. Dirigidas á las cosas de lo alto, estas mismas energías se exaltan hasta producir verdaderos milagros morales, como el de la iluminación súbita del padre Ratisbone en una de las capillas de San Andrés, cuando los preparativos de las exequias de M. de la Ferronays.

Cuando Fanny hubo leído con la señorita de Sallach el "Nuevo Testamento" primero, la "Imitación" después, la "Vida devota" y las "Meditaciones sobre el Evangelio" más tarde, se entregó á las ideas expuestas en esos hermosos libros con la misma intensa absorción de todo su ser que su implacable padre había llevado á sus negocios. Tuvo sed y hambre del catolicismo, como él había tenido, como tenía sed y hambre de millones y de títulos.

La muerte de Matilde, uno de esos espectáculos sublimes que produce la agonía de los verdaderos creyentes, acabó de afianzar su fe. Vió á la enferma recibir los sacramentos y la extrema alegría de la salvación en aquel rostro de un agonizante de veinte años, iluminado por el éxtasis. Oyó que la decía, con una sonrisa de una inefable seguridad:

—Voy á pedir por ti á Nuestro Señor Jesucristo.
¿Cómo había de resistir á semejante grito, á tal visión? Al siguiente día de aquella muerte pedía á su padre permiso para ser bautizada, lo que le valió



una contestación muy significativa para no ser trasladada aquí.

—Sin duda—le había respondido aquel hombre asombroso que llevaba en el sitio del corazón una

cotización de Bolsa, donde todo estaba tarifado, hasta Dios,—sin duda me conmueve mucho y me hace muy feliz ver que los asuntos religiosos te preocupan en tal grado. La religión es útil, muy útil, mejor diré, indispensable. Para el pueblo es un freno necesario y á nosotros nos da cierto rango, cierto ambiente. Añado que una persona llamada como tú, á vivir en Austria y en Italia, debe ser católica. Es preciso, no obstante, pensar en el caso de que tú te casarás con alguno de otro culto. Soy tu padre y debo preverlo todo. Sabes que no te casarás más que á tu gusto, con quien tu corazón quiera. Espera, pues, á que hable éste para arreglar esta cuestión. Si amas á un católico, tendrás ocasión de dar á tu novio, adoptando su fe, una prueba de afecto que le agradará. No te impido que practiques las ceremonias que te gusten. Las de la liturgia romana se cuentan, seguramente, entre las más bellas, y yo mismo he entrado en San Pedro en tiempo del gobierno pontifical. Aquel gusto, aquella magnificencia, aquellos cantos, me han conmovido. Solamente que para tomar un partido definitivo, irreparable, te lo repito, debes esperar. Tu estado actual de protestante tiene la gran ventaja de su neutralidad, de ser menos definido.

¡Qué frases para un corazón ya herido en el atractivo de la gracia y la nostalgia de la vida eterna! Pero este corazón era el de una joven muy pura y muy tierna. Juzgar á su padre le era imposible, y el terrible positivismo del Barón la había consternado, sin que dedujese de él nada, sino que era preciso obedecer sus órdenes y rogar al cielo le iluminase. Había, pues, esperado, sostenida y dirigida por el Carde-

nal Guerillot, que debía más tarde bautizarla y aproximarla por primera vez á la Santa Mesa en la misa del Papa. Este prelado, una de las más hermosas figuras de que se ha enorgullecido el episcopado francés, era uno de esos grandes cristianos para quienes la mano de Dios está tan visible en la dirección de las cosas humanas, como invisible para las almas que duran. Cuando Fanny le confió las graves turbaciones de su conciencia y el desacuerdo entre ella y su padre, sobre el punto esencial de su bautismo, respondióla el Cardenal:

—Tenga usted confianza en Dios. El la hará á usted una señal cuando llegue la hora.

Y había pronunciado estas palabras con acento de convicción tan profunda, que le dió á la joven la seguridad de que sucedería así. Más de dos años habían pasado en aquella esperanza. Este hecho no sorprenderá á las personas que conocen las refracciones íntimas habituales en la fe. Preciso es añadir, que había un fuerte contraste entre el decorado exterior, en el que se agitaba la vida de aquella niña mimada, y la disposición particular de su espíritu. Contraste que hubiera sido extraño para otro que no hubiera sido el Cardenal Guerillot. Este, como se ha visto, era el caso para Montfanón y lo fué para Ardea. Rodeada del excesivo refinamiento de un lujo insolente, obligada, no sólo á participar de este lujo, sino á dirigirse, puesto que ella presidía las faustosas comidas de su padre, vestida como un figurín, Fanny parecía la imagen de la frivolidad mundana, para quien la viese pasar por Pincio ó por la villa Pamphilj y en su carruaje arrastrado por dos caballos, el peor de

los cuales valía dos mil pesetas. Hafner, que era vanidoso como se es libertino, jugador ó avaro, con pasión, quería que su hija tuviese en Roma el cetro de la elegancia.

¿Quién, pues, hubiera adivinado que aquella elegante joven, de perfil tan pálido y puro, se prestaba á la voluntad del Barón por espíritu de sacrificio, de obediencia, de humildad? ¿Quién, pues, hubiera sospechado que al través de aquel vaivén de una existencia pasada en paseos y tertulias, ella se dormía todas las noches y se despertaba todas las mañanas, esperando un verdadero milagro, la señal anunciada por monseñor Guerillot? ¿Cómo hubiera admitido un extraño, aun sin los prejuicios que cegaban al irritable Marqués, que el encuentro con un Pepino Ardea pudiera ser interpretado por aquella alma mística en este sentido milagroso? Sí... La ruina del heredero del Papa Urbano VII, víctima de especulaciones ininteligibles, el desastre merecido de aquel vividor presuntuoso y aturdido, sus insensatas empresas, sus préstamos absurdos, su venta obligada, todos los episodios grandes ó pequeños de aquella banal y triste historia, habían sido presentados por el Barón á su hija, bajo el aspecto del martirio, sin que ella desconfiase. Ella había reconocido un designio providencial en la abominable intriga que iba á satisfacer, á expensas de su dicha, las bajas ambiciones aristocráticas del pirata de la Bolsa de quien llevaba el nombre, y á volver á dorar con los millones robados, las simbólicas castañas del blasón de los Ardea. Esta ocasión para su bautismo se la había aparecido como el resultado de las plegarias hechas en el cielo por el

ángel de piedad que en su agonía la hizo la promesa de salvarla; y lo que parecerá más inverosímil todavía, y que, sin embargo, es muy verdadero, es que el Cardenal Guerillot participase de sus ilusiones. A pesar de sus setenta años, á pesar de la experiencia de la confesión, á pesar de la lucha sostenida contra la francmasonería de su diócesis francesa, que había producido su destierro á Roma, el santo viejo miraba el matrimonio de Fanny bajo este mismo punto sobrenatural. Muchos sacerdotes son así, capaces de una inocencia que, en último análisis, se encuentra á menudo razonable; pero en el momento, la antítesis entre la realidad y lo que ellos piensan constituye una ironía casi loca. Cuando hubo bautizado á Fanny, el antiguo Obispo de Clermont sintió una alegría tan profunda, que dijo á la joven, usando una cita sagrada para expresar más delicadamente el tierno respeto de su amistad:

—Ahora puedo hablar con Santa Mónica, después del bautismo de San Agustín: "Cur hic sim nescio. jam consumptá spe hujus seeculi." No sé por qué sigo aquí abajo. Toda mi esperanza se ha consumado. Y puedo añadir con ella: "Lo único que me hacía desear un poco vivir, era el verla católica antes de morir." El viajero retrasado no tiene más que partir. Ha cogido la última y la más bella flor.

¡Noble y confiado apóstol, que debía, en efecto, morir poco después, mereciendo que se dijese de él lo que el Obispo africano decía á su madre: "Aquel alma religiosa fué, al fin, desligada de su cuerpo," y que no pensaba que iba á pagar en seguida bien caro la última realización de su último deseo! No preveía

que aquella á quien llamaba ingenuamente su más bella flor, iba á ser para él el principio de una cruelísima tristeza. ¡Pobre gran Cardenal! La última prueba de su vida, la suprema gota amarga del cáliz, fué asistir al desencanto que siguió en seguida en su dulce neófito. ¿A quién sino á él había de acudir en demanda de consejo en las dudas torturantes que empezó á tener sobre sus sentimientos, respecto á su prometido? Así es que al día siguiente de la noche en que el imprudente Ardea habíase burlado con tan mezquina insistencia de cosas para ella sagradas, llamaba á la puerta del cuarto que monseñor Guerillot ocupaba en la vasta casa de la calle de las Cuatro Fuentes, donde se encuentra la procuraduría de San Sulpicio. No se trataba de recriminar más ó menos el espíritu de aquellas bromas ni de referir sus humillantes observaciones sobre la poca sobriedad del Príncipe. No. Ella quería esclarecer su conciencia, sobre la que pesaba una sombra dolorosa. En el primer momento de sus relaciones había creído amar á Ardea; tanto reconocimiento le había dado la emoción de su vida religiosa por aquél, que no era, sin embargo, más que el pretexto de su libertad. Hoy temblaba, no solamente á la idea de que no le amaba, sino por el temor de odiarle, y, sobre todo, sentíase presa de una invencible repugnancia por los cuidados del mundo, en esa lasitud de pasajeras esperanzas, con esa nostalgia del descanso en Dios, claros indicios de las verdaderas vocaciones. A la idea de que podía algún día, si sobrevivía á su padre y si estaba libre, retirarse entre las señoras del Cenáculo, sentía contra su próximo matrimonio una rebelión interior, aumentada por la

evidencia del triste carácter de su futuro esposo. ¿Tenía el derecho de unirse con lazos indestructibles en semejantes disposiciones? ¿Obraría lealmente, rompiendo sin nuevos hechos aquellas relaciones que habían sido entre su padre y ella condición de su bautismo? Y su queja se había hecho más profunda al día siguiente de aquella noche en que tan herida había sido.

—Le está á usted permitido el retirarse—respondió monseñor Guerillot,—pero no le está á usted permitido obrar poco caritativamente en su resolución.

Había en Fanny mucha sinceridad; su fe era demasiado sencilla y profunda para que no tomase este consejo al pie de la letra, y á él se atuvo en palabras y en intención. Así es que dando por la tarde un paseo con Alba, procuró destruir la huella que la escena de la víspera pudo dejar en el ánimo de su amiga.

Su esfuerzo fué más lejos. Quiso pedir perdón á su novio.

Perdón... ¿Y de qué? De haber sido herida por él, en lo más vivo de su sensibilidad. Nada más que por la manera con que fué acogida en uno y otro paso, comprendió qué virtud más difícil era aquella caridad en la resolución recomendada por el piadoso Cardenal. Exige una disciplina del corazón casi inconcitable con la lucidez de la inteligencia. Alba miró á su amiga con asombro casi doloroso y la abrazó diciéndola—ambas se tutearon desde la ceremonia del bautismo:

—Pepino no es digno ni de besar el polvo que pisas. Esta es mi opinión, y si no dedica su vida entera